



ALGUNOS APUNTES  
SOBRE LA VIDA  
DEL PADRE  
JOSE PAROLINI

---

# UN POBRE PARA LOS POBRES

---

E.R.N.

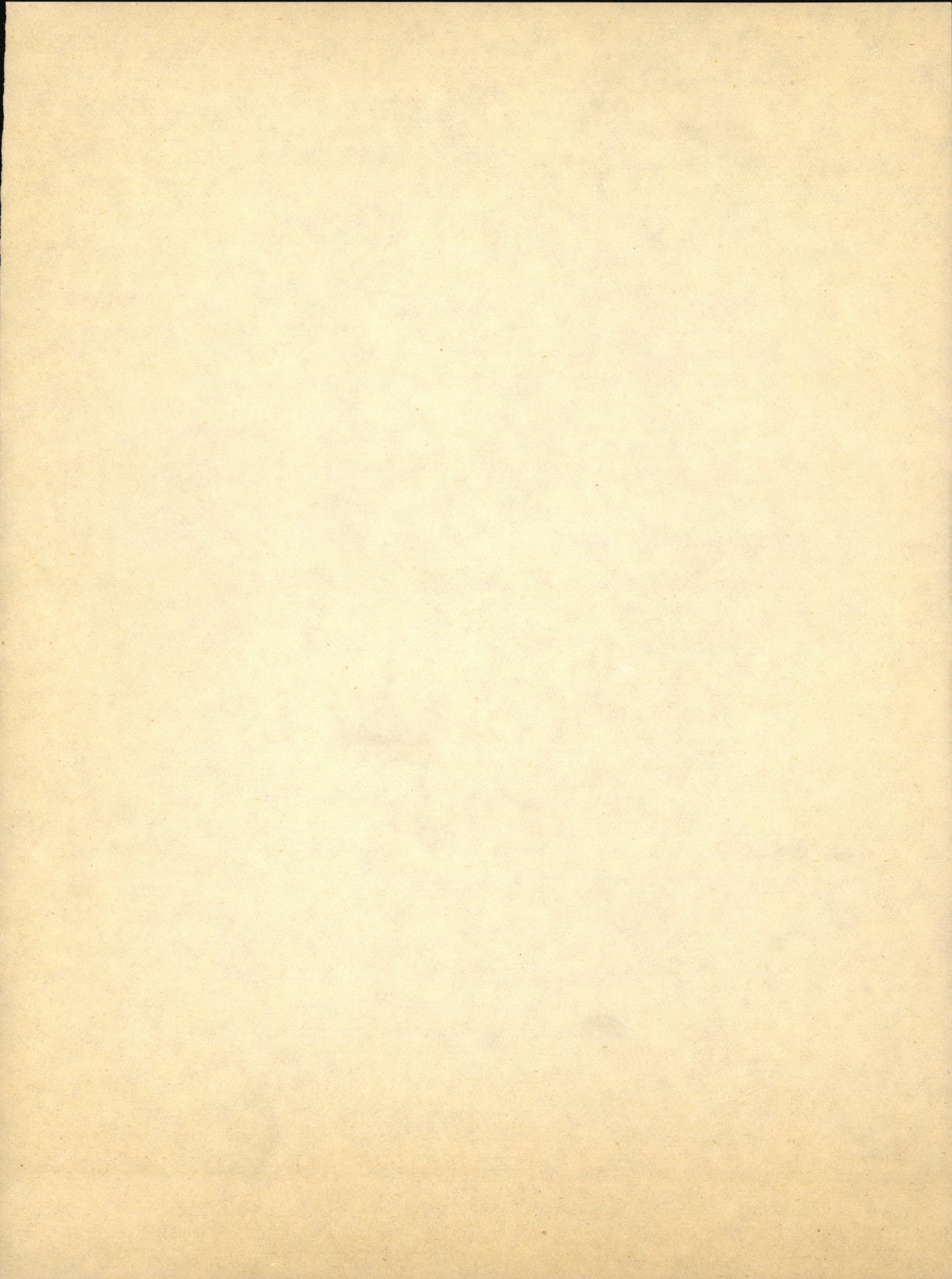
Bahía Blanca, 1979.

---

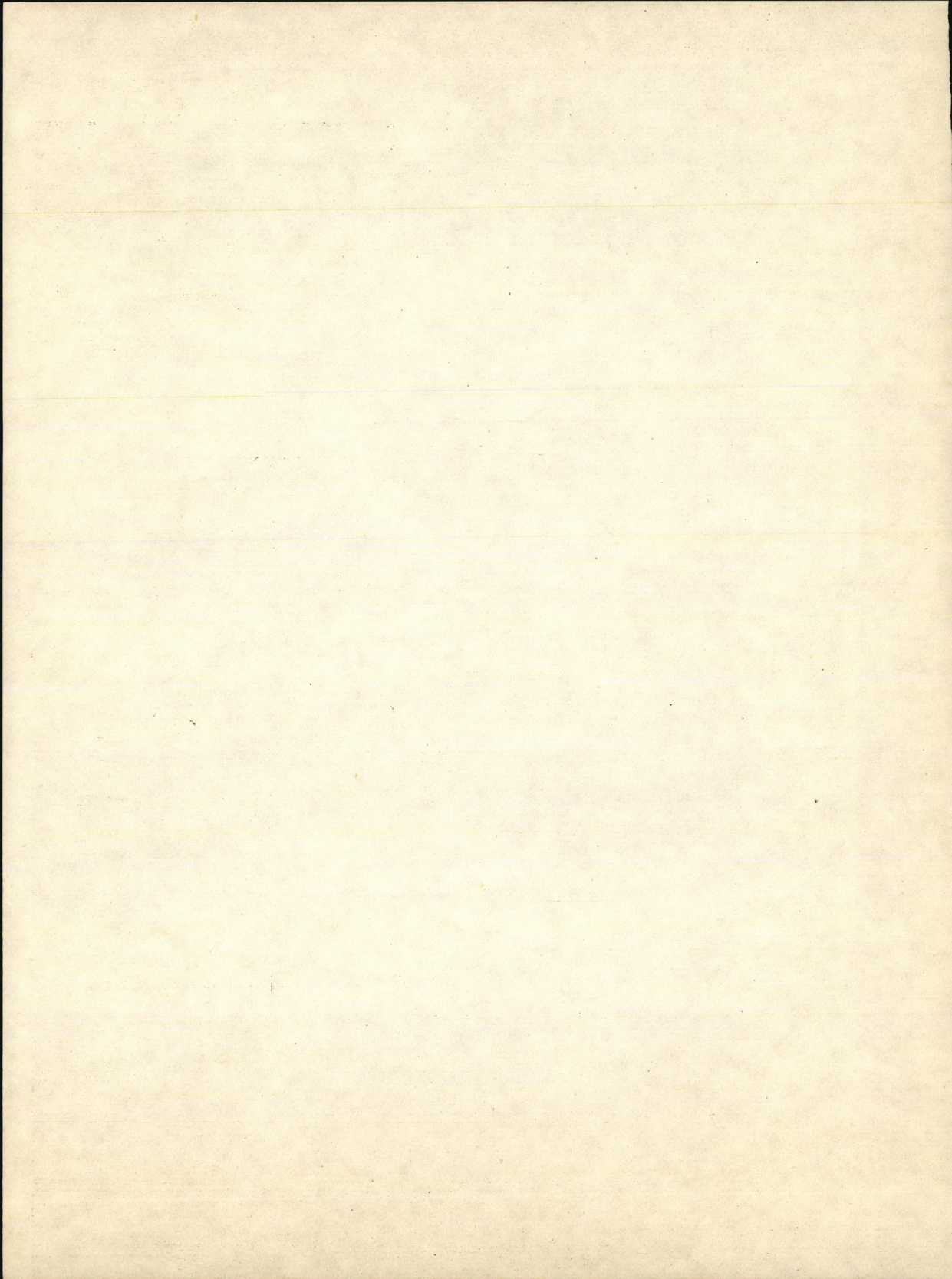














## PRESENTACION

Las cosas lindas, las experiencias hermosas y gratificantes de la vida, no son para guardarse. Son para comunicarse, para compartirse, para donarse.

Por eso me he animado a escribir estas páginas.

Para presentar la figura y la vida de un hombre bueno y un misionero de raza.

En el Año Centenario de las Misiones Salesianas en la Patagonia no está mal que miremos hacia atrás. Sobre todo, cuando el testimonio de fe y de caridad de un misionero como el P. José Parolini es tan vivo, tan reciente, tan actual.

No vacilo en confesar que he escrito movido por el cariño y la simpatía. Creo que estos sentimientos se traslucen -como no podía ser menos- en estas notas.

Soy consciente que el protagonista -como todo ser humano- también tuvo sus errores. Sin embargo, conscientemente hemos querido subrayar y destacar el testimonio de bondad y sensibilidad pastoral que brota a cada paso de su vida.

Para elaborar estos apuntes nos hemos valido de nuestro conocimiento personal, el testimonio de algunos salesianos y ex-alumnos que lo trataron y, sobre todo, de las Memorias (más de doscientas páginas mecanografiadas) que él escribió por encargo del P. Cantini.

Para agilizar la lectura y aliviar el texto de todo



aparato crítico, citamos simplemente entre comillas aquellos párrafos que tomamos literalmente de las Memorias.

Dedicamos estas sencillas páginas a todos los misioneros que, como el P. Parolini, regaron con sus sudores y hasta con su sangre, las tierras patagónicas. Sobre su trabajo, y en los surcos que ellos fueron abriendo, confiamos seguir echando la simiente.

Bahía Blanca, mayo de 1979



## LAS MONTAÑAS DE JOSE

Son las tres de la tarde. Un muchacho sube lentamente los últimos peñascos que lo llevan a la cumbre del Monte Scalino, uno de los picos más importa<sup>n</sup>tes de Valmalenco, en los Alpes italianos.

Trece años y los primeros ardores de una adolescencia inquieta, llena de sueños e ideales.

Abajo ha quedado Lanzada, su pueblo, un caserío de apenas trescientos habitantes pero de alma fuerte y grande como la montaña.

José sigue subiendo con su improvisada mochila a cuestas. Lleva un poco de queso casero, un trozo de pan y una cantimplora de agua. No necesita más. Está acostumbrado a subir montañas desde pequeño.

A subir montañas y a dejar que le crezcan por dentro los sueños y las ilusiones.

Al fin aparece la cima coronada por la Cruz. Porqué en la cima de toda montaña hay una Cruz ?, se pregunta José. Cuando llega a la meta, se saca su gorro de lana y se persigna ante la Cruz de madera casi vencida por las tormentas. Después se sienta sobre una roca y mira hacia abajo.

Hay tanto para observar en el valle encantado !

Los bosques verdeoscuro de pinos y abetos, el arroyo que baja precipitadamente echando espuma con rabia contra las piedras, el pasto de los prados que el sol violento de la siesta hace brillar como el terciopelo. Y el pequeño poblado, con sus



casitas de piedra, sus graneros tan íntimos como el pan y la cocina familiar, sus caminitos zigzagueantes transitados con paso firme por los montañeses.

Pero José mira sobre todo hacia adentro. Ha entrado en la edad de los sueños y del ensimismamiento. Empieza a sentir la vida latir en sus venas con una fuerza nueva y desconocida hasta entonces. Se siente en comunión con la naturaleza, las montañas y con el valle del que se siente parte, pero lo empieza a invadir la necesidad de un horizonte nuevo, de montes que nunca hayan sido escalados, en suma, de empezar a abrir el surco de su propia vida.

Y José piensa en su futuro. El es un montañés, como su padre y su abuelo. Ama las montañas y los bosques que lo ven juntando leña todas las mañanas casi al amanecer. Ama a su pueblo, simple como la hierba y duro como la roca. Pero, al mismo tiempo, algo por dentro le dice que su vida no está allí, que su corazón está abierto para amar otras montañas y otros pueblos.

Desde muy chico, José ha aprendido a leer con algunas revistas católicas que llegan al pueblo. Entre otras, "El Orden del Domingo", un semanario en el que, a menudo, aparecen cartas o artículos de las Misiones. Y José ha empezado a admirar a esos hombres sin fronteras, atados únicamente a la causa del Evangelio.

Y, desde entonces, poco a poco, siente una voz mis



teriosa que lo llama a ser sacerdote y misionero. Pero no está seguro. En su corazón de adolescente le parece escuchar también otras voces. Cuál será la verdadera ?

Desde muy pequeño, José conoce la pobreza y el trabajo duro. Sus manos se han vuelto callosas antes de tiempo. Su padre ha sido llamado al frente y ha debido dejar su trabajo en las minas de amianto. A los doce años, José viaja a la ciudad de Como, junto a tres compañeros del pueblo, para trabajar como ayudante de albañil. Al poco tiempo, dos de los chicos mueren por la explosión de una mina y él tiene que volver a su pueblo. El albañil que lo había llevado, dirá más adelante: "Por la conducta y la manera de ser de José, me dí cuenta que debía ser sacerdote".

En 1918 enferma gravemente, tomado por la Gripe "La Española" que, en esa época, hacía estragos en Europa. Su madre está dispuesta a que se cumpla la voluntad de Dios, pero José se repone y confirma inmediatamente su decisión de ser sacerdote y misionero.

Entre tanto, su padre vuelve de la guerra. El pobre hombre debe enfrentar una situación durísima para sostener a su familia en tiempos tan difíciles. Y en ese momento José le revela el secreto que ya compartía con su madre.

- Papá, ya he terminado el primario y quisiera seguir estudiando.

- Yo también deseo que lo hagas, hijo, pero ya ves



nuestra situación. No tenemos casi ni para comer. Cómo podríamos ayudarte a pagar libros y profesores ?

- Papá, quiero ser sacerdote. El Señor proveerá. Los ojos del padre se iluminan. Después de haber visto tanta miseria y crueldad en la guerra, donde sólo su fe cristiana le había dado luz y consuelo, aquella noticia lo reconforta e inunda de alegría.

- Hijo mío, es la mejor noticia que he recibido al volver a casa. Si es así, te ayudaremos con todo lo que podamos. Hasta mi cama estoy dispuesto a vender con tal que puedas seguir tu vocación. Pero tenés razón: El Dios que te ha llamado no te dejará faltar lo necesario para que logres entrar en el Seminario y llegues a ser sacerdote algún día.

Y padre e hijo se funden en un abrazo que sella más fuertemente que nunca la unidad de la familia.

Y, en efecto, la Providencia nunca abandonará a José, ni antes ni después de ser sacerdote. Ella lo conducirá y proveerá siempre lo que necesitara para poder ser sacerdote, recorrer su camino y ayudar también a otros.

Ese mismo año entra en el Seminario y encuentra varios bienhechores, a través de los cuales, puede recibir las cosas indispensables que le piden para ingresar: uno le da un colchón, otro las sábanas, el párroco un baúl.

Allí hace los Cursos del Gimnasio con mucha alegría-



a, pero se va consolidando en él la certeza de que Dios lo llama a ser misionero. Y sus ansias apostólicas son alimentadas sobre todo por el Boletín Salesiano, que se recibe en el Seminario, y que José devora apenas llegado. De ahí pide entrar en el Aspirantado de Milán en 1923 y, al año siguiente, es admitido en el Noviciado de los hijos de Don Bosco.

La Providencia, que nunca le ha fallado, lo sigue conduciendo a la realización de su sueño misionero.



VOCACION      MISIONERA

Es así como José ingresa en el Noviciado Salesiano en 1924. Es un año lleno de experiencias y descubrimientos, pero, sobre todo, el año en que se afianza definitivamente su vocación misionera.

Por eso, pide ser enviado como misionero, y sus Superiores lo destinan a la Patagonia.

La alegría de José no tiene límites. En muy poco tiempo verá realizadas sus aspiraciones y partirá a la tierra de los sueños de Don Bosco. Es conmovedora la carta en la que anuncia a sus padres la buena noticia de su partida a las Misiones de la Patagonia. Y creemos que vale la pena transcribirla íntegramente:

"Queridísimos padres: Tengo algo extraordinario que comunicarles: su hijo esta incluido entre los doscientos misioneros que, como ya saben, son elegidos en nuestros pueblos para ir a tierras de misión. Sí, queridísimos padres, en lugar de entristecerse, agradezcan conmigo al Señor por haber sido digno de tanto, por esta gracia tan especial que me ha concedido. Cuántos jóvenes, en todos los tiempos, más bravos, más buenos, más dignos que yo, desearon ir a las Misiones y no les fué concedido, mientras me lo concedieron a mí, pobre ratoncito. Cuántos padres hubieran querido tener un hijo misionero y no les fue posible. Y bien, alegrémonos, porque no les fue concedido a ellos, hoy en cambio les ha sido concedido a Ustedes. Sí,



agradezcamos al Señor porque somos realmente afortunados.

Cuando hace unos días los fui a visitar, me dijeron que deseaban que yo llegase a ser sacerdote, para tener la dicha de verme cuando suba al altar por primera vez a inmolar la Víctima divina. Sí, demos gracias al Señor, porque si todo va bien, en este deseo seréis escuchados. Puesto que, por el momento yo iré a América, lejos con el cuerpo, pero estaré siempre cerca de Ustedes con el corazón, con la mente, y mi primera oración, queridos padres, será siempre por Ustedes, que tanto me quieren y que tan cristianamente me han educado.

Y créanme que, cuando, con la Gracia de Dios, sea sacerdote y misionero (aunque tiene que pasar todavía mucha agua bajo el puente de Ganda), a los primeros salvajes que tenga la suerte de bautizar, les pondré sus queridos y venerables nombres. Están contentos ?

Y saben Ustedes cuándo me llegó el permiso de los Superiores, después de mi petición de ir a la Patagonia ? Precisamente el 4 de octubre, justo dos años después de haber ido a Sondrio a exponer mi deseo de hacerme salesiano. Qué decir de esta feliz coincidencia ? A mí me parece ver la mano de Dios que ha dispuesto todo con gran sabiduría.

El Pasaporte lo haré hacer aquí en Turín, pero para hacerlo necesito la aprobación del Intendente, o sea, el permiso, y junto con este Permiso, también el Certificado de Ustedes. Vos, querida mamá, an-



dá cuanto antes a lo de Pablito (el secretario comunal de entonces en el pueblo) y se lo dirás, y junto con ésto le presentarás la hoja que adjunto. Y bien, firmen alegremente por el bien espiritual de su hijo.

Me habéis comprendido ? Así lo espero... Después mándenme todo aquí, enseguida. Te agradezco, querida mamá, de todo corazón. Cuando vaya a casa, dentro de poco, tendré un mundo de cosas para contarles. Entretanto, recen para que, junto con la vocación, el Señor me dé también la virtud de un santo misionero." Y, después de la despedida y los saludos, como si temiera que la argumentación no hubiera resultado suficientemente convincente, continúa así:

"No sé con precisión cuándo volveré a casa, pero ciertamente iré. Apenas lo sepa se lo haré saber para que papá pueda estar allí. Y, si cuando les llega el aviso, papá ya hubiera salido para su trabajo, deberás mandárselo a decir cuanto antes.

Agradecemos al Señor que un hijo vuestro ha sido digno de tanta gracia. Ustedes saben que yo no voy a América en busca de oro. No, sino en busca de almas para salvar, puesto que de éstas dijo Jesús en la Cruz que tenía sed. Y bien, si un abuelo, si una pobre abuela han permitido que un hijo suyo fuera a América en busca de fortuna, por qué no permitirán ustedes, queridísimos padres, que un hijo vuestro pueda salvar, a su tiempo, muchas almas ? Solamente por seis o siete años, después de lo cual, según me aseguró mi Superior, volvería nuevamente a Turín.



Termino: Voy a América para aprender allí la lengua española y frecuentar las clases que debería tener en Turín -y hago así las dos cosas al mismo tiempo- porque debéis saber que una lengua se aprende más fácilmente en el lugar y no en los libros; después de cuatro años de estudios, haría allí un par de años de práctica y, acabado ese plazo, volvería a Turín, para hacer otros cuatro años de estudio, después de lo cual espero, con la Gracia de Dios, ser ordenado sacerdote.

Aquí en Turín, como ya os he dicho, hay una especie de Seminario Internacional, donde vienen los clérigos salesianos a estudiar los últimos cuatro años de preparación para el sacerdocio. También yo volveré a Turín para ser sacerdote, y después iré a cantar mi Primera Misa a Lanzada. Entre tanto, recen para que todo salga bien y se haga siempre la voluntad del Señor. Qué dicen ? No es ésto una gran suerte ? Y además, qué son seis años ? Muy poca cosa, porque el tiempo corre tan rápidamente que, apenas llegado a mi puesto, ya será hora de volver. Y después, la mía es una Gracia muy particular de la Virgen que no a todos es concedida; porque yo, con otros dos compañeros que somos como hermanos, estoy destinado a ir allí donde, hace cincuenta años, fueron los primeros misioneros, los diez primeros que mandó Don Bosco. Y además me parece que el Señor quiere justamente ésto de mí. En casa les diré el por qué. Sí, en casa, porque antes de partir volveré de nuevo a saludarlos y a tener otra Conferencia



en Lanzada y esperemos que también en Caspoggio". El futuro misionero siente ya arder en sus venas la ansiedad de comunicar a sus paisanos todo lo que se apresta a vivir, desde antes de su partida. Y comienza haciendo participar a sus padres de las inquietudes y preocupaciones que empiezan a poblar su vida misionera.

Cuántas veces se acordará de sus progenitores a lo largo de sus correrías evangelizadoras y dará gracias a Dios porque, junto a ellos y con su bendición, pudo brotar, crecer y madurar su vocación.



EN LA TIERRA PROMETIDA

De todos los ex-alumnos y salesianos que hemos podido consultar para reunir datos de la comunidad fortienense de los "viejos tiempos", hemos recogido un sentir unánime: era una comunidad donde se vivía festiva e intensísimamente el espíritu salesiano.

Un pequeño Valdocco: aspirantes, estudiantes de filosofía y de teología, novicios, coadjutores y sacerdotes, hermanas, salesianos jóvenes y ancianos.

Todos unidos por el ideal de la evangelización de la Patagonia, viviendo en profundo y auténtico espíritu de familia y con una alegría contagiosa y desbordante.

José narra así su llegada a Fortín: "Llegué a esta casa del milagro el 23 de diciembre de 1925 con otros treinta jóvenes que el P. Inspector Don Gaudencio Manachino había buscado en Italia y en otros países. Se conmemoraba ese año los cincuenta de la primera expedición de los misioneros salesianos a la Argentina. Habíamos recibido el crucifijo de quien había capitaneado la primera, el casi nonagenario Cardenal Juan Cagliero, y el abrazo de despedida del tercer Sucesor de Don Bosco, el siervo de Dios Padre Felipe Rinaldi."

Al bajar del tren, medio Fortín se había reunido en la Estación para recibirlos. Y durante ese día, todo es fiesta en honor a los recién llegados. De todos modos, inmediatamente salta a la vista la pobreza de



la casa y del estilo de vida de la comunidad. Tanto que, después del banquete, uno de los compañeros de José, no puede controlar una expresión que le brota espontáneamente: Realmente, qué mal se come aquí ! Y se comería mal, pero con qué intensidad de cariño y de fe se vivía en aquella Comunidad !

Y apenas llegados, la primera aventura. Como los Superiores Mayores les habían recomendado que enviaran "bichos raros" para una Exposición Misionera, los flamantes profesos, guiados por expertos cazadores, empiezan a hacer sus primeras armas en las tradicionales cacerías fortinenses.

José cuenta así esta primera experiencia campestre patagónica: "así que a campear avestruces, guanacos, vizcachas, comadreja, zorrinos, peludos, alguna liebre patagónica; y para éso salimos temprano, anduvimos todo el día con mucho calor y sed, nos perdimos, quedamos muchos para desmontar y volvimos al anochecer con las manos vacías y...reventados."

Pero, además de cazar, muy pronto los nuevos clérigos tienen que poner manos a la obra y comenzar con las actividades normales de Fortín, que son muy intensas, y en las que se trataba de aprovechar hasta el último resquicio de tiempo.

"Se estudiaba y trabajaba en Fortín...A las cinco ya estábamos de pié: a rezar, meditar y estudiar... y además de las materias del Normal, las eclesiásticas: Latín, filosofía, griego, canto gregoriano y, los que sabíamos algo más, por ejemplo latín, a improvisarnos maestros para los que empezaban."



Y José, que está siempre entre los primeros cuando se trata de trabajar, tiene, sin embargo, sus dificultades con el estudio. El Primer Año se va a examen en Matemáticas, y ya este primer examen tiene mucho de legendario (así lo define él mismo), aunque algunos de sus compañeros atestiguan que también en otras oportunidades los exámenes de Parolini dieron mucho que hablar.

Así nos narra él en sus Memorias el examen de Aritmética y Geometría: "Entré al examen que faltaba poco a medianoche, por supuesto con poca preparación, y lo poco embarullado. Afuera de la puerta, debajo del pórtico, compañeros, amigos y algún Superior, dispuestos a gozarse la escena y a soplar... Aquello fué una batahola, una farsa... Con frases y respuestas como ésta: "Sí que lo sabo..." Llamar capa a la "k" de las figuras geométricas, resbalármeme el compás y correr el riesgo de pinchar a la profesora que me quería enseñar... y quién sabe cuánto más... y las risas de adentro y de afuera que retumbaban por todo el Colegio. Como para que no sean unos exámenes legendarios ! Y luego gritar fuerte, a la salida del aula, mientras sacaba el reloj: "Mezzanotte in punto, lo scriveró in Italia (medianoche en punto lo escribiré a Italia)."

Porque aunque José pone su mejor empeño, nunca logra ser muy brillante en los estudios.

Afortunadamente, Dios había compensado ampliamente su limitada capacidad intelectual con un temperamento activo y generoso, desbordante de alegría y cordialidad.



Pero, aún en aquellos tiempos, los seminaristas salesianos no viven aislados del mundo. En varias ocasiones y con distintos motivos, viajar a cantar, actuar o...rendir exámenes. Y hay precisamente un viaje realizado en el invierno de 1928, para rendir un examen de "habilitación para la docencia", que el P.José recuerda con lujo de detalles, y del que extraemos una anécdota que nos lo pinta de cuerpo entero.

El P. Manachino lleva a los estudiantes de Filosofía a visitar todos los diarios de la Capital, y la visita culmina en el gran diario católico del momento:

El Pueblo. Y el P.Manachino tiene el buen cuidado de decir una mentira piadosa que allana ciertas dificultades y pone una nota de simpatía en el ambiente: afirma sin pestañeos que todos los clérigos son argentinos. Veamos cómo nos relata José lo ocurrido entonces: "Fué muy cordial la recepción en "El Pueblo", así como de humilde. Nos sentíamos en nuestra casa, era nuestro diario, debíamos propagandarlo, hacía parte de las buenas lecturas...El discurso del P.López fué contestado con todo énfasis por el tribuno Director Sr. Sanguinetti que, por supuesto, nos entusiasmó a todos. Era natural que yo, que era el encargado oficial desde hacía mucho, de los vivas y hurras, entonces muy de moda, tronara en ese pobre recinto con ensordecedores y repetidos: Viva el Pueblo...así y todo...me colgaron un sambenito más, y era que, llevado por mi entusiasmo característico de buen italiano, había gritado, después que el Superior repetidas veces había afirmado que todos éramos argentinos: "Evviva il Popolo."



Y como ésta, muchas otras ocurrencias, van haciendo cada vez más popular a José entre todos sus compañeros.

Y, por otra parte, los años pasados en Fortín dejan también en él una huella imborrable. La alegría y la fraternidad, el trabajo intenso y a destajo, la fe hecha oración y sacrificio, la devoción a la Virgen, la fidelidad a la tradición salesiana viva y operante, lo preparan magníficamente para su posterior entrega. Allí conoce a grandes misioneros que pasaron por el Santuario, como el P. Beauvoir y el P. Bonacina, y allí se va consolidando y templando como el acero su vocación misionera.



## LA PRUEBA DE FUEGO

-----

Hay una etapa en la formación salesiana que ha sido considerada siempre como la prueba de fuego para los salesianos jóvenes: el trienio, tiempo en el cual se interrumpen los estudios para experimentar la vida concreta de Apostolado y servicio en algún Colegio u Obra de la Congregación. En resumen, la hora de la acción.

Podemos decir que para José, en cambio, es una etapa llena de alegrías -aunque no sin dificultades- que lo confirme plenamente en su vocación.

Su primer destino es Comodoro Rivadavia. Hacia allí viaja a bordo del Buque Petrolero "12 de Octubre", llegando el 11 de Febrero de 1930. De éste período (un año) pasado en Comodoro, él mismo nos dice en sus memorias: "Lo considero uno de los mejores".

Y ciertamente en la casa salesiana no falta ni trabajo ni alegría. José atiende por la mañana a 5º y 6º grado, y por la tarde a 4º. Además asiste a algunos pupilos que hay en el Colegio. Y como si fuera poco, como lo atestiguan sus Memorias: "Subía y bajaba varias veces al día 102 escalones para las observaciones metereológicas que registraban los aparatos instalados en la torre".

En ese tiempo, en Comodoro, reside el General Mosconi el cual tiene por costumbre interrogar a todos los obreros que encuentra trabajando y preguntarles sobre su nacionalidad.



En una ocasión llega al Colegio Deán Funes y todos los niños que están jugando en el patio se acercan a saludarlo. También José va con ellos y he aquí que, de pronto, el General le suelta a boca de jarro la temida pregunta: -Y usted, es argentino?, Y Parolini comenta: "Que me perdone mi patria, fué la única vez que la re-negué". -Si General, de Santa Fé, del pueblo de Esperanza.

"Se quedaron todos con la boca abierta...Pero mas de una vez pensé que debía haberle contestado: Pero General, Ud se llama Mosconi y yo Parolini. De dónde quiere que seamos..."Y finalmente, la Crónica concluye así: "podrán imaginar las habladurías y tergiversaciones que jocosamente se le dieron a éste inocente episodio" Y, en efecto, podemos decir que, en el breve lapso de un año, el clérigo Parolini logró el cariño de todos y se hace tan popular por su humor cálido y ocurrente que, en poco tiempo, se ganó el afecto y la simpatía de superiores y alumnos.

Pero al año siguiente debe cambiar bruscamente de geografía. Es destinado al Alto Valle, al colegio P. Stefaneli, donde pasaría dos años hasta su partida a Italia. Y son años de verdad muy duros. La obra está en sus comienzos. Se lleva una vida muy pobre y sacrificada. El colegio queda fuera de la ciudad. Y algunos creerían conveniente venderlo o rematarlo y trasladarse a Roca Nueva, a 5 Km. de allí.

Pero Parolini hace experiencias muy importantes para su futura vida salesiana y misionera. Tiene, en primer lugar, la fortuna de conocer a salesianos de la talla



del P. José María Brentana (que le deja un recuerdo imborrable), al P. Marcelo Gardín, Nazario Bartoli y otros, que nombra y recuerda con mucho cariño en sus Memorias.

Allí acompaña a varios de éstos misioneros en sus giras apostólicas y aprende de la vida misma el oficio que por tantos años sería su pan de cada día. Además, conoce el escenario de sus futuras actividades que, algunos años después, debería volver a actuar como sacerdote en otra población del Alto Valle.

Y precisamente, José recuerda de modo muy especial sus viajes a Regina (donde mas tarde sería director y párroco) poblado en el que los fines de semana para acompañar y ayudar al P. Gardín. Con él salen en sulki, visitan las chacras, celebran Bautismos, atienden a los pobres.

Siempre que pasa la noche en Regina, el P. Marcelo le cede su cama, y él duerme, como puede en el patio. A la madrugada, cuando escucha el silbido de la locomotora, despierta a José que, a primera hora, debe estar en San Miguel para comenzar puntualmente las clases.

Y bajo el testimonio de éstos hombres de granito, la vocación de José sigue creciendo y preparándose a nuevas conquistas.



### DE NUEVO EN ITALIA

Y los superiores cumplen su promesa. José es invitado a realizar sus estudios de Teología en Italia, mas precisamente en Turín, la ciudad de Don Bosco.

El 2 de Enero de 1933 comienzan las clases, pero ya sabemos que, pese a su esfuerzo y a su presencia de ánimo, los estudios no eran el fuerte de José.

Y parece que el Director lo cala desde el principio porque, al poco tiempo de haber llegado, le ofrece la posibilidad de ir los domingos a ayudar en la Catequesis del primer oratorio Salesiano fundado por Don Bosco: el "San Francisco de Sales".

Y José muy pronto se mete de lleno entre los oratorianos: en la catequesis pero también en los juegos, en los paseos, en las celebraciones y en todo cuanto significase convivencia entre los chicos.

Al mismo tiempo, se va interiorizando sobre la vida de la "casa madre" e incluso se relaciona y traba amistad con algunos superiores mayores y otros salesianos, como Don Ceria, que le obsequia el original del Vol. XVII de las Memorias Biográficas de Don Bosco.

Y volviendo al país de las montañas, la vieja pasión alpinista de José también vuelve a reverdecer. El mismo recuerda con emoción sus excursiones y ascensiones. En particular, una escalada al Monte Seguret (2900 m.) que realiza junto a un compañero de estudios.

"Un jueves, que se podía salir todo el día, con el buen hermanito Mario Armendia, mejicano, además de ponernos



llena de clavos , martillo, tenaza, serrucho, alambre, además de ponernos al hombro una piqueta, pala y pico y la otra llena de víveres y las cantimploras con agua, muy de madrugada empezamos a subir, sin hablar y sin apuro... es la regla de los alpinistas.

Llegados donde acababa el bosque, nos cargamos la cruz y adelante, despacito en zig zag... hasta llegar donde tenía medio listo el agujero. Se hace mas pronto a escribir que a subir arrastrando más de 50 kg. Dificultoso, como en la mayoría de las montañas, los últimos 300 m. Pero las satisfacciones de haber vencido la montaña y con una cruz al hombro es impagable. Las emociones de las altas cumbres, ver todo debajo de los pies en un día esplendente de sol, eso sí que es algo divino, paradisíaco, e instintivamente uno se pone de rodillas y reza y canta al Creador de todas esas maravillas".

Proeza semejante cumpliría José escalando el Bernina para dejar en la cumbre un medallón de Don Bosco. Mientras tanto, sigue adelante con sus estudios de Teología hasta ordenarse de sacerdote el 5 de Julio de 1936. No disponemos de mas datos sobre la resonancia de éste acontecimiento en la vida del que, desde éste momento, sería el Padre José.

Pero creemos no equivocarnos al imaginar que su ordenación sacerdotal debió marcar a fuego el alma de José . Su vocación misionera se enriquecía con una nueva posibilidad de servir. Desde éste momento podría predicar en nombre de la Iglesia la Palabra de Dios,



bautizar, perdonar los pecados de los hombres y hacer presente al Señor en nuestras mesas.

Su dinamismo evangelizador tendría una fuerza nueva. Volvería a la Patagonia nuevamente como misionero, pero investido con la fuerza y el poder de Cristo que lo enviaba en su nombre. "Hasta los confines del mundo..." Y realmente la Patagonia, sobre todo en ese tiempo, representa una nueva frontera nada fácil de conquistar para el Evangelio.



## UN CORAZON ORATORIANO

El título del capítulo no nos pertenede, Pero lo utilizamos aquí por que si hay algo que define el carisma del P.Parolini es precisamente éste: su amor al Oratorio y a los chicos pobres y desvalidos que lo frecuentan.

Esta pasión por el Oratorio había sido alimentada durante su estadía en Italia y en los varios Oratorios en los que había colaborado. Es por eso que ahora la providencia lo quiere en otro Oratorio, donde escribirá una de las páginas mas hermosas de su vida.

En 1937, recién ordenado sacerdote, vuelve a la Argentina y es destinado al Colegio Don Bosco de Bahía Blanca. Así resume él su actividad en éste Colegio:

"En las horas de clase, mañana y tarde, me desvivía por los cuarenta alumnos y el otro tiempo me tenían ocupado los oratorianos..."

Son años de austeridad y de muy escasos recursos en todos los órdenes. Por eso el Oratorio en ese tiempo, como no se averguenza de confesarlo el P.José, vive de las "sobras" del pupilaje. Cuando se tira por insertible una pelota de fútbol, él la toma, la hace coser, y seguir cumpliendo sus servicios en el Oratorio.

Hasta que la situación mejora un tanto, y puede, de vez en cuando, comprar alguna pelota nueva que, un buen amigo, le deja a un precio muy módico. Pero lamentablemente éstas duran muy poco. Los chicos mas avisados se ponen de acuerdo y, mientras la barra espera detras del alambrado, otros patean la pelota a la calle



y... a correr se ha dicho, llevándose el precioso tesoro conquistado.

Otros casos de fuga se dan al acercarse la hora del Catecismo, incluso haciéndose mandar las primeras filminas, que recién entonces empiezan a editarse.

Pero se da cuenta desde el principio, que además de juegos, entretenimientos y catecismo, sus oratorianos necesitan pan y alimento. En efecto, muchas veces llegan sin haber probado bocado y, en otras ocasiones, se acercan muchos chicos hambrientos pidiendo algo que comer porque el invierno es crudo y el frío parece más intenso cuando se tiene el estómago vacío.

Y frente a ésta situación, el Padre también trata de dar una respuesta. "Una tarde muy fría, ya a la hora de cerrar el Oratorio, se me acercan unos hermanitos pidiendo un poco de pan que en todo el día... no habían comido. Me acordé de las sobras de los mendrugos que había en una lata de 10 kg. Me encerré en el comedor de los niños, me armé de un cuchillo, y empecé a hacer más presentable ese pan, haciendo desaparecer los mordiscones, tarea que me llevó bastante tiempo, y luego como si fueran bollitos recién traídos de la panadería, los llevé al patio. Apenas vieron la lata con pan, empezaron a empujarse para ver quién agarraba más y a gritar fuerte: "Pan muchachos, pan".

Cuando llegaron los últimos, que eran los mas pequeños, se pusieron a lloriquear que a ellos no les había tocado. Entonces fui a buscar las migas y "A buen Hambre no hay pan dura... ni tamaño del mismo".

Una cosa semejante sucede con el café que el Padre se



da cuenta que sobra abundantemente en las mesas de los pupilos. Para poder hacer la operación "merienda" en todos sus aspectos, se va a Pinturería Paris, da una vuelta por el negocio para ver lo que necesitaba, y cuando les hubo hechado el ojo a dos pavas grandes que encontró en una estantería les dice a los dueños: "Pedro, me regala esta pava, y León aquella". A lo que los patrones, viendo la decisión del P. José, no saben que responder, mientras observan con estupor como el Padre toma las dos pavas y, después de agradecer cortezmente, se retira muy ufano del local.

Desde ese día, con aquella rara mezcla de audacia y humildad, que el Padre José pone en todo lo que hace, ha consolidado una amistad que durará años.

Y después de salir rebotante de alegría de la Pinturería, se dirige al comedor de los pupilos que han terminado la merienda. "Cerré los postigos y a vaciar en las mismas (pavas) el café que habían dejado en las tazas de la mitad para arriba. Muchas estaban sin tocar, añadí lo que quedaba en la cocina y con unas viejas tazas de los exploradores... Hubo café para cuatro inviernos y más".

Pero el Padre no se conforma con el resto de pan y café de los pupilos. Muy pronto empieza a recorrer las panaderías de la ciudad, tratando de conseguir masitas y facturas para sus oratorianos.

Y también se hace presente con sus "negritos" -como los llamaba cariñosamente- en el mercado, para hacerle regalar fruta en abundancia. "Costó abrirse cancha", afirma el P. José en sus memorias. Pero a juzgar por los



resultados, en poco tiempo ya cuenta con varios expendedores del mercado entre sus bienhechores.

Sin embargo, "No solo de pan vive el hombre". Y una de las mayores inquietudes apostólicas del P. José es la preparación de los chicos -a veces no tan chicos- a los sacramentos: comunión, confirmación y...bautismo. En ese momento los salesianos acaban de dejar la Parroquia del centro al clero diocesano y preparan a los catecúmenos en el Colegio u Oratorio y luego los llevan a bautizar a la Catedral o a la Parroquia San Juan Bosco situada a las afueras, donde la ciudad se convierte en campo. Los primeros que el Padre lleva a bautizar son dos muchachos de más de veinte años. Un sábado santo, doce son los bautizados, y en otra oportunidad llegaba a bautizar a mas de treinta. Y para el año centenario de la fundación del Oratorio (1941) se propone llegar al centenar.

Y, del mismo modo, el Padre se preocupa por la preparación de los niños a la primera comunión. Como buen salesiano conoce la importancia de la eucaristía en el sistema educativo de Don Bosco, y, por eso, la catequesis de iniciación es una de las actividades vitales en el Oratorio. Y también se hace todo lo posible para que la fiesta de primera comunión signifique para los niños una experiencia realmente profunda e imborrable, aún dentro de la sencillez que las circunstancias y los tiempos requieren.



Dejemos que él mismo nos narre -con su estilo inimitable, las características de esta fiesta que tan hondamente llegaba al corazón de los chicos: "Las primeras Comuniones son la meta principal, hasta ahora, de la enseñanza del Catecismo...Saber quién es Jesús y recibirlo con un corazón limpio...sin tanto aparato exterior...menos de afuera y todo de adentro. No invertir los valores...y las fiestas. Afortunadamente mis pobres canillitas se fijaban poco en los chiches, bastaba un par de alpargatas nuevas y un chocolate para todos, con los tradicionales bollos dominicales, servido bajo los viejos tamariscos. Me decía el P.Picabea que no eligiera nunca una fiesta navideña, y menos Reyes para que hicieran la Primera Comunión, pues los chicos están ocupados con sus juguetes... Bueno, los míos no tenían esa preocupación. De vez en cuando sacábamos una fotografía, especialmente cuando el grupo era numeroso. Eso sí, siempre se llevaban la tradicional estampa recuerdo y les inculcábamos que no se quedaran sólo con la primera, sino que así como es necesario el pan material, lo es el espiritual para conservar la Gracia de Dios. Pienso que hay muchos de mis niños que recuerdan ese día como el mejor de su vida."

Y, realmente, en el Oratorio se pone todo para que sea efectivamente así. Del mismo modo, cuando el Obispo celebra las Confirmaciones en la Catedral, nunca faltan oratorianos, porque el P.José no descuida su campaña para que todos tengan la oportunidad de recibir el sacramento de la Confirmación y convertir-



se en testigos de Cristo.

Otro de los elementos que dan vida y solz al Oratorio, siguiendo la más genuina tradición salesiana, son los paseos. En una simbiosis maravillosa de comunión con Dios, con los hermanos y con la naturaleza, los Oratorianos salen a Parque de Mayo, a Villa Rosas o a los prados de los campos cercanos, y pasan allí un día o una tarde de juegos, de alegría cristiana y de alabanza al Padre.

Otras veces van al Colegio "La Piedad", donde se organizan encarnizados partidos con sus similares de esa Obra, que terminan en una merienda común, donde no hay ni vencedores ni vencidos.

Pero el paseo culminante, el que marca realmente a fuego el espíritu y la conciencia de los oratorianos, es la Peregrinación a Fortín Mercedes. Veamos cómo comenta el Padre esa jornada: "Qué lindo día aquél ! Era el mejor del año y era el día de gratitud a nuestra Madre Auxiliadora por todos los favores que nos dispensaba a lo largo del año. Alguno venía a hacer su Primera Comunión y otros recibían el Bautismo. Los Superiores de la Casa nos llenaban de atenciones. No recuerdo bien el año, puede ser el 38 o 39, trajimos la urna de madera donde descansan los restos del querido Ceferino, que costaba \$ 115. Mi "pobre Oratorio" sirvió de mucho para dar a conocer al santito, y hasta en lugar de comprar algunas zapatillas y demás, invertimos el dinero para hacer imprimir las primeras estampas y la primera pequeña biografía, y es así como Ceferino nos bendecía y nunca permitió que sufriéramos desgracias."



Y, como ya veremos, hasta el fin de su vida, el P. José será un extraordinario propagador de la devoción a Ceferino.

Pero ni el Colegio ni el Oratorio alcanzaban a contener las ansias apostólicas del P. José.

Y así, apenas se da cuenta de que el Hospital Municipal no tiene Capellán, comienza a visitarlo asiduamente, aunque él mismo confiesa que, al principio, le cuesta sentirlo como un apostolado típicamente salesiano. Así nos refiere la primera visita que realiza al Hospital: "Confieso que entré con una especie de temor, casi de repugnancia, como si hubiera sido extraño a mi apostolado. Me acompañaron a las "salas de niños", visité al que me reclamaba y todos los demás, más de veinte de varias edades. Francamente salí impresionado... Era todo mi elemento y, además, enfermo. Debo confesar -no sé para qué ha de servir- que en ocasión de mi Ordenación Sacerdotal y Primera Misa, pedí a Dios que me concediera amar mucho a los niños y le agradezco que me lo haya concedido. Así que esos pobres niños dolientes me decidieron a no olvidar esa casa de dolor."

Pero, todo lugar donde advierte la presencia de niños o adolescentes se convierte para el P. José en centro de su interés y de sus atenciones. Y, por eso, cuando conoce el Patronato de la Infancia, no deja tampoco allí de prodigar sus atenciones pastorales, confesando, celebrando la Eucaristía y explicando el Catecismo, ilustrado con sus Filminas.

Y como no puede quedar insensible ante las necesidades de los pobres y necesitados, se hace también el tiempo



necesario para asesorar y acompañar a la Conferencia Vicentina que funciona en el Colegio Don Bosco. Y no solamente anima espiritualmente las reuniones, sino que muchas veces acompaña a sus miembros a visitar y consolar a los pobres.

Estos años de apostolado en Bahía Blanca fueron, en verdad, intensamente vividos. El P. José evangelizaba, "hacía apostolado" en todo momento. Muchas veces se paraba en el Portón del Oratorio, paso obligado de chicos y grandes para ingresar al Colegio u Oratorio, y se hacía el encontradizo con ellos para decir a cada uno una buena palabra (la "palabra al oído", de la que hablaba Don Bosco) e invitar nuevos candidatos al Oratorio.

Hay un hecho que ilustra hasta qué punto en todo esto vibra siempre en él la cuerda sacerdotal: "Una tarde ví que se acercaba un vendedor de... pájaros. Los traía en unas jaulas colocadas sobre un palo que llevaba en el hombro... cuatro atrás y otras adelante. Venía por la vereda y cuando me pasó delante del portón lo saludé con éstas o parecidas palabras: Buenas tardes, amigo. El buen hombre siguió unos pasos más, tanto para no darme con el palo en la nariz y dándose vuelta repentinamente con todas las jaulas que tambaleaban (me parece verlo) sin más me dijo: El Domingo vengo a confesarme con Usted!" Y efectivamente, el domingo, el "pajarero" se hace presente muy temprano en la Iglesia del Colegio Don Bosco, preguntando por el P. Parolini. Y concluye: "Monseñor Pérez, siempre que se lo contaba, me hablaba del "apostolado del saludo".



Y es que ninguna actitud, en la vida del P. José, escapó a esta finalidad evangelizadora y sacerdotal. Realmente, todo sirve, cuando se trata de anunciar el Reino de Dios.



REGANDO EL ALTO VALLE

En el año 1941, el P. José llega a Villa Regina como Director y Párroco. Son años de intensa actividad apostólica y también de duras pruebas.

Como no podía ser de otra manera, el Padre comienza con el Oratorio Festivo. Pero muy pronto su actividad se va ampliando hasta llegar a los Barrios, las Escuelas de las chacras y los pueblos vecinos que también están bajo sus cuidados de Pastor.

Son tiempos difíciles. En Villa Regina abundan las familias italianas, pero muchas de ellas de cuño garibaldino y otras totalmente indiferentes a la fe cristiana.

Hay también anticlericales influyentes, periódicos venenosos y un clima de guerra fría y a veces no tan fría hacia las iniciativas o actividades eclesiales. Allí le tocará sufrir varios ataques y calumnias. Y no sólo de afuera. Algunas Comisiones Pro Templo y ciertos grupos de Acción Católica le acarrearán disgustos muy serios.

De todos modos, él nunca se deja amedrentar. Incluso cuando se produce el complejo problema del desalojo de los colonos, que deben a la enérgica intervención de Monseñor Esandi la superación del conflicto, toma posición con serenidad y firmeza.

El mismo resume las dificultades afrontadas en una conversación con el P. Picabea, Inspector de entonces, en la primera visita que éste realiza a la casa



de Regina.

Después de haber visitado el edificio, el P. Inspector le pregunta un poco a boca de jarro:

- Así que se encuentra a gusto en Villa Regina ?

Y el Padre refiere la respuesta que le dió a su Provincial, llorando a "lágrima viva":

- Ud. sabe lo que me pregunta ? Si me encuentro a gusto...Ud. sabe que yo quiero mucho a los niños, que los he buscado siempre, sobre todo a los más necesitados...y ahora acá, cuando quiero acordarme de ellos, dan vuelta por otra calle...Si me encuentro a gusto...! Ud. sabe que yo quiero mucho a los niños mucho a mi patria y que sé de sus buenas tradiciones y de la religiosidad de los italianos...y ahora, en lugar de concurrir, frecuentar los sacramentos, llenan los boliches, los cines o se quedan en casa ! Y me pregunta si me encuentro a gusto ?

Sin embargo, es justo reconocer que no faltan familias cristianas, fieles a la vivencia de su fe y dispuestas a colaborar en la extensión del Reino de Dios y en la acción parroquial. El P.Parolini recuerda a varias de ellas en sus Memorias cuando escribe sobre aquellos difíciles años.

Pero, a pesar de todo, su fe puede más que la indiferencia o la hostilidad de muchos de sus feligreses. Con serenidad y optimismo hace frente a las dificultades y es capaz de ganarse amigos aún entre aquellos que lo combaten.

En una ocasión en que el agua escasea y el Padre ve que la que llega no es suficiente para regar todas



sus plantas, baja a abrir otra compuerta, cuando se encuentra con una italiana que monta guardia ante la compuerta en cuestión.

Apenas lo ve llegar, la señora le lee las intenciones y le dice secamente:

- Prete, si m'attachi l'acqua ti ammazzo (Cura si me tocas el agua te mato).

Y el Padre, que conocía el talante religioso de la buena toscana -a pesar de su genio decidido- le contesta rápidamente:

- E se Lei ammazza il prete, chi la seppellirá dopo ? ( Y si Ud. mata al cura, quién le dará sepultura después ?)

Pero, durante esos años borrascosos, el P. José no se dejará llevar nunca por el resentimiento, a pesar de todas las batallas que tendrá que librar. Y las rivalidades de partido o los ataques a su investidura nunca lo distraerán en lo más mínimo de su impulso apostólico y evangelizador.



## OTRAS EXPERIENCIAS APOSTOLICAS

En 1947, el P. José es enviado a Bariloche, donde realiza su primera experiencia misionera. Las montañas de la cordillera les recuerdan las de su niñez, y el paisaje de lagos, bosques y arroyos se le quedará siempre prendido en el corazón. Pero son las necesidades y la miseria de sus hermanos las que empezarán a aguijonear le el alma.

Como misionero de campaña recorre la "línea sur" de Río Negro, pasando por todos los pueblos y parajes que encuentra a su paso o que debe ir a buscar por borrosas huellas.

Trata de visitar, sobre todo, las Escuelas, donde puede encontrar a los chicos reunidos, pero también intenta llegar a los ranchos perdidos en pleno campo, donde la gente vive en un aislamiento casi salvaje, sin animarse a salir por la miseria y el frío.

Durante este período, el Padre consigue la ayuda de Misiones Rurales Argentinas, institución que recordará siempre con cariño y gratitud.

Pero, al año siguiente, "Dios dispuso -escribe el Padre- que pasara a la isla de Choele Choel, en la Escuela Agrícola de Luis Beltrán. Para las ansias misioneras de José, la Escuela le resulta chica (da clase a algunos alumnos de tres grados) y llega la hora de dedicarse a estudiar y a escribir. Empieza a trabajar en



una obrita sobre la Santa Síndone que sería publicada más adelante. Pero, en las vacaciones no hay quién pueda retenerlo en casa. A misionar en la Cordillera, en este caso, en la zona de Zapala, donde celebra la Navidad y recorre varias tribus.

Desde el 49 al 51, el P.Parolini va a Viedma y no puede ocultar su pesar por la situación de esas obras que, años atrás han sido focos de irradiación misionera para la Patagonia y que, en ese momento, parecen no tener el empuje y la significación de los primeros tiempos. Por eso, en algún lugar de sus Memorias, se le escapa esta exclamación, refiriéndose al Colegio San Francisco, la Curia y el Seminario, que funcionan en la misma manzana: "Hubiera convenido entregar todo y plantar tiendas en otro lugar en donde se podría haber trabajado mejor para la gloria de Dios. Y algunos años después, efectivamente, los salesianos se retiran del Centro para poder prestar su atención pastoral a los Barrios periféricos de la ciudad.

No son años muy felices para el P.José porque su dinamismo apostólico no puede desarrollarse en todo su vigor. El mismo nos lo dice: "Durante los tres años me desempeñé como Maestro de Segundo Grado y Confesor... a la verdad un poco poco...En aquel entonces me sobraban energías para misionar en cualquier lugar de la Patagonia." Pero trata de emplear todo el tiempo libre que le deja el Colegio, trabajando en el Oratorio Festivo de Patagones, visitando asiduamente el Hospital y animando el Círculo Católico de Obreros.



Y, en el verano, las giras misioneras...Es como si el P. José volviera a revivir al contacto con las necesidades de sus hermanos y el anuncio de la Palabra a los que aún no conocen el Evangelio.

En 1952 es enviado a la Parroquia de Cipolletti como ayudante del P. Antonio Consonni. Allí estará hasta 1954, en pleno auge del crecimiento del Alto Valle, recorriendo incansablemente las poblaciones que van surgiendo y progresando a las márgenes del Río Negro. En 1955 estará en el Colegio "La Piedad" de Bahía Blanca, donde revivirá las antiguas andanzas bahienses del Oratorio San José, atendiendo sobre todo a los chicos más pobres del Barrio.



EN LA CORDILLERA

En el año 1956, el P. José es enviado a Esquel, una Parroquia misionera de más de 40.000 km<sup>2</sup>.

- Pero Pairecito, tenemos mucho frío, no podría darnos una leñita ?
- Sí, hijo. Yo te la daría, pero no tenemos casi ni para nosotros. Además, si ahora le damos a Ustedes, mañana tendríamos a todo el Barrio pidiéndonos leña y no le podríamos dar a ninguno...
- Pairecito, en casa hace mucho frío, la mamá llora... La escena tiene lugar en la Casa Salesiana de Esquel. Tres chicos temblando de frío, han ido a pedir algún trozo de leña para encender el fuego y calentar un poco el rancho de lata. El salesiano que los atiende sabe que hay muchas familias con frío, pero no sabe cómo proceder en medio de tanta penuria. En eso llega el P. José piloteando una bicicleta. Viene de la cárcel, donde siempre le dan algo de comida para sus pobres. En esa ocasión no ha quedado nada, pero el Padre siente que puede llevar alguna otra cosa y, al salir, pone unos tronquitos de leña en su portafolios.
- Ya sabía que ésto le iba a servir a alguien. Tomen chicos...Aquí tienen la leña. El Señor se acordó de ustedes.

Esta conmovedora sensibilidad del Padre hacia los pobres, se manifiesta en innumerables ocasiones en Es-



quel, a veces en forma por demás pintoresca. Y además, lo más importante, se traduce siempre en acción.

En una oportunidad, para sus bodas de plata sacerdotales, le llegan sorpresivamente del campo veinte capones de regalo, listos para el asado. Inmediatamente se pone en campaña para conseguir pan y leña. Entretanto, llegan algunos otros corderos. Y en unas pocas horas se monta un gran asado popular destinado especialmente a los pobres del Barrio "Ceferino".

Mientras la carne se va asando, comienza a nevar, pero, a pesar del frío y de la nieve, la gente de los barrios, por donde la noticia ha corrido como un reguero de pólvora, no se hace esperar.

Y van llegando familias enteras, niños, ancianos que apenas pueden caminar. Todos se han dado cita para compartir no solo la comida, sino también la amistad que los une al P. José, a quien sienten tan cerca de ellos, casi como de la familia.

Con la ayuda de algunos gendarmes, el Padre va repartiendo la carne, el pan, la bebida, con el temor de que no alcance para todos. Pero, como él mismo nos narra: "afortunadamente, hubo para todos, hasta para los que lo supieron tarde y venían de más lejos... Lo impresionante y que nunca olvido -continúa- y que recuerdo siempre en los asados comunes, en donde sobra tanto y se tira el doble: es que a las dos horas no se conocía ni que se hubiera hecho asado. Ni un mendrugo de pan, ni una miga, ni un hueso, ni una leñita, ni siquiera un tizón. Lo único que quedaba era la mucha nieve pisada." El Padre recordará siempre este asado



por haber podido -al menos por ese día- saciar el hambre de muchas familias que pasaban el invierno mal alimentadas, sin abrigo ni combustible suficiente y con toda clase de necesidades.

Por eso escribiré: "Lo que nunca olvidaré es haber podido llenar una vez el estómago de mis pobres, que viven a apenas 200 m. de la Parroquia, en los tugurios de la loma...No recuerdo otros lugares de tanta pobreza."

Y el P.José conoce a fondo Esquel. Porque visita las familias y recorre hasta los últimos rincones en su famosa bicicleta, que se ha hecho regalar por sus amigos de Bahía Blanca. Es interesante saber cómo consigue los últimos \$ 50 que le faltan para reunir el dinero necesario para la compra.

El Padre va saliendo una tarde del Sanatorio del Sur, cuando se encuentra con un médico conocido, abiertamente enrolado en la doctrina socialista.

- Doctor, seguramente Dios lo pone en mi camino para ayudar a este pobre cura. Me faltan \$ 50 para comprar una bicicleta.

- Pero Usted ya sabe que yo no la voy con los curas...

- Vos con los curas harás lo que quieras, pero a Parolini le das los 50 \$ o no salís de aquí.

Y el doctor socialista no tiene más remedio que sacar la billetera y aportar lo que falta para la bicicleta de Parolini. El episodio se difunde rápidamente entre los socialistas, muchos de los cuales ayudaban ya al P. José, entre ellos el Dr.Alfredo Palacios, a quien



el Padre admiraba y con quien conversara en algunas ocasiones.

Porque el P. Parolini busca y pide ayuda incansablemente. Para sus pobres. Para los hambrientos de Esquel. Para los huérfanos. Para los ancianos olvidados por todos. Para los enfermos.

"Una vez, siempre a la orilla del arroyo (era la zona de los más pobres), voy para rezar por un angelito... era un rancho cubierto de ramas que impedían que cayera la nieve, pero luego cuando se derretía, eso era todo un lago... Recuerdo la pobre infeliz de madre que me decía: Yo tenía sólo un hijo y en el cajoncito hay dos. Se ve que en la Morgue habían puesto dos en uno." En otra ocasión llega al Lago Futalaufquen a visitar a algunas de las familias que viven en la zona. Cuando golpea las manos ante la puerta de un rancho, siente sollozos adentro. Pero nadie abre la puerta. Se anima a entrar y ve en la cocina un cuadro que le parte el alma: un hombre (el padre) durmiendo sobre la mesa al lado de una botella vacía. Cuatro chicos tirados en el piso lloriqueando hambrientos y dando vueltas por la habitación.

- Hola, qué pasa aquí ? Che, no se acuerdan de mí ? El mayor contesta: - Parecito, parecito... Ayer llevaron a enterrar a mamá. Y papá ha estado tomando mucho... No tenemos nada para comer... Y hace mucho frío. Los hermanitos lloran y yo no sé qué hacer... Parecito, tengo miedo, mucho miedo...

Y cuántos casos como éste debe afrontar el P. José !



Hay fotografías que lo muestran como el Cottolengo ro-  
deado de huerfanitos. Y, en efecto, en sus giras misio-  
neras tiene que recoger a muchos chicos abandonados y  
buscarles ubicación en Asilos y hogares que la Provi-  
dencia prepara para ellos.

Pero donde la fibra del misionero se hace notar en to-  
do su vigor es en los múltiples viajes y "misiones"  
que debe realizar.

Puede decirse que difícilmente ha quedado lugar del  
Chubut donde él no haya puesto pié. Y ciertamente, en  
algunos de estos lugares es el primer misionero en lle-  
gar. En Jeep, de a caballo y también a pié, no hay pa-  
raje adonde no trate de llegar, apenas se entera de su  
existencia.

En una ocasión viaja con un Sargento de Gendarmería  
que se ha ofrecido a acompañarlo. Cuando se acercan al  
Paraje Roque Trippe, el Sargento le dice, indicándole  
un campo:

- Por aquí vive una galense que invité a venir a los  
Bautismos. Me dijo que, con los católicos, no quiere  
saber nada. Pero le dije que, si no venía, la manda-  
ba al Paso (sitio donde funciona una Comisaría).

Cuando llegan al Destacamento, encuentran a toda la  
palsanada dispuesta a recibir al sacerdote, con muchos  
chicos y grandes para bautizar. Y se encuentran con  
sorpresa que la susodicha galense, de nombre Lía, y  
su esposo Valenzuela, están en primera fila. Y para  
colmo, la mitad de la concurrencia la ha elegido como  
madrina.



- Por aquí vive una galense que invitéaa venir a los bautismos. Me dijo que , con los católicos, ni quiere saber nada. Pero le dije que, si no venía, la mandaba al Paso (sitio donde funciona una comisaría).

Cuando llegan al Destacamento, encuentran a toda la paisanada dispuesta a recibir al sacerdote, con muchos chicos y grandes para bautizar, y se encuentran, con sorpresa, que la susodicha galense, de nombre Lía y su esposo Valenzuela, están en primera fila. Y para colmo, la mitad de la concurrencia la ha elegido como madrina.

- Vea, doña Lía, su caso es un poco difícil. En realidad, Usted, no estando bautizada como católica, no podría ser madrina...

-Pero Padre, si he venido para bautizarme y casarme por la Iglesia...

La gracia y la simpatía del P. José habían hecho un milagro.

Y en el relato de uno de sus viajes más largos y agotadores, en el que tiene que viajar muchos kilómetros en la caja de un desvencijado camión rumbo a Madryn, encontramos ésta magnífica apología del poncho criollo que creemos vale la pena transcribir: "Llevaba en la cabina unos chicos enfermos y yo sin problemas, arriba, en medio de los fardos y protegido por un poncho. Que útil el poncho en esas circunstancias y siempre! Por la mañana tempranito, me defendía del frío, después empezó a llover y me sirvió de paraguas y leugo



el sol empezó a molestar y me defendía de los rayos y luego después de haber andado todo el día, el pobre camión estaba roto. Al entrar a la ciudad de Puerto Madryn me sirvió de "disfraz"... Cuberto bien de pies a cabeza, dejando libres solamente los ojos... observaba todo, sin ser notado, desde lo alto en medio de la lana. Llegado cerca de la puerta de la Iglesia, pegué un salto con poncho y todo y me metí adentro de la puerta sin que nadie se diera cuenta que era cura..."

En esa gira veraniega hace centenares de kilómetros por caminos casi intransitables, atravezando parajes desoladísimos, durmiendo dónde y cómo pueden, comiendo lo que le dan y haciéndose, como San Pablo, "todo a todos".

Veamos la descripción que nos hace de un paraje típico que le toca evangelizar: "Salimos por ese "inmundo paraje" la mañana del 23... Qué desierto y desolado todo aquello!, a pesar de todo, pero con la cooperación de la policía, se reunió mucha gente para bautismos... Una mañana tórrida y de desierto, pero con gente muy buena y necesitada como ninguna. Ni agua tenían... Apenas un pozo con líquido de todos los colores y olores. Repugnante solamente a verse. Fué el paraje mas pobre de toda la gira. Unos buenos policías me prepararon, mientras yo atendía lo espiritual, una hermosa Cruz, hasta con la fecha de colocación..." Y, en efecto, el P. José hace sembrar de cruces todos los parajes para que la gente, que ve al misionero



muy pocas veces en años y años, pueda visualizar, en su signo más simple y fundamental, el centro del misterio cristiano.



### EL ATARDECER JUNTO A CEFERINO

Durante toda su vida, el P. Parolini ha sido un eficaz propagador de la devoción a Ceferino. El "negro" del cual se siente "hermano", como acostumbra a decir, es un constante estímulo e incentivo para su vida misionera y sacerdotal y, por eso, no se cansa de proponerlo como modelo e intercesor también para los demás. Ya en sus últimos años escribe: "Cuánto me queda por escribir de mi querido Ceferino y cuánto me queda por aprender de su amor a Dios y al prójimo, de su sentida humildad y caridad..." Y, sin embargo, es uno de los primeros en preocuparse por dar a conocer la figura de éste noble hijo de la tribu de Namuncurá. Con su proverbial sentido del humor, escribe en otra ocasión: "Me he ocupado del pobre Ceferino cuando... no sabíamos nada. Y sabe él que por él recibí patadas..."<sup>4</sup> Y, en efecto, ya desde el año 1936, en Bahía Blanca, inicia su campaña ceferiniana: divulgar su vida, imprimir estampas, hacerlo conocer por todos los medios, especialmente a los niños y a los jóvenes. Y en Villa Regina tiene la satisfacción de erigir el primer monumento público dedicado a Ceferino en Argentina. Es por eso, que al ser enviado a Fortín Mercedes, en los últimos años de su vida, siente el íntimo gozo de poder estar junto al "negro" para recibir a los peregrinos y ayudarlos a recibir toda la riqueza de ese mundo salesiano tan enraizado en la geografía y en la historia de la Patagonia. Y especialmente, el Santuario de María Auxiliadora y la Capilla que guarda los



restos de Ceferino. Y así puede dedicarse intensamente al apostolado entre los peregrinos. Y todos los que en esa década llegan a Fortín, quedan sorprendidos al encontrar a ese cura campechano que, al mismo tiempo que los guía en la visita de los principales lugares y referencias históricas, los va iniciando en las gestas de los primeros misioneros de la Patagonia y en la historia salesiana vivida en el mismo Fortín Mercedes desde sus inicios.

Mientras tanto, no deja de estimular la generosidad de los peregrinos, para seguir asistiendo y ayundando a los pobres, aunque sea de lejos. Y cuando envía o entrega personalmente su ofrenda a alguna Misión u obra particularmente necesitada, suele decir: "Esto es para pan de los pobres, para que puedan comer. No para ladrillos". Es que, del mismo modo que se preocupa por dar a conocer a Ceferino, gloria de su raza, también se interesa por los ceferinos vivos y actuales, descendientes de la raza mapuche, olvidada y explotada en muchos rincones de la Cordillera.

Su sencillez y su afecto pastoral sabe granjearse, también en Fortín Mercedes, la simpatía de muchos cristianos, que él aprovecha no como forma de auto-satisfacción personal, sino como medio para acercarlos a Cristo. Podemos decir que casi en cada una de sus palabras, hay una intención evangelizadora y misionera.

Y hay un hecho de ésta época que nos lo pinta de cuerpo entero. Había recibido del P. Brea la noticia de que iría a visitar Fortín un gran amigo suyo. pero



que tuviera cierta prudencia al abordarlo, porque éste amigo se profesaba "ateo".

Pero Parolini es... Parolini, ciertamente para nada afecto a la diplomacia y al cálculo de la resonancia de ciertas actitudes.

Cuanto éste señor llega a Fortín y se presenta al P. Parolini, éste exclama rápidamente:

- Así que vos sos el ateo que me manda Breal, vení, vamos a visitar Fortín, que hay muchas cosas interesantes para ver.

Y el hombre, bastante estupefacto como es de imaginar comienza a seguir a Parolini.

- Mirá, vamos a empezar por el Santuario de la Virgen, que es lo mas importante. Es la madre de los cristianos, pero también de los ateos, eh!

E invitando al señor a pasar al templo, comienza la "visita guiada" ante la extrañeza del visitante, que no sabe como situarse ante las imprevistas salidas del cura que lo acompaña.

- Mirá, aquí está San Agustín y su madre, Santa Mónica. Que gran ateo era antes de convertirse!, su madre, que ya era cristiana, no hacía mas que llorar por él todos los días. Y él, la buena vida, los placeres... Hasta que se convirtió; después fué sacerdote, obispo y santo. Recemos a San Agustín por todos los ateos: Padre Nuestro... Y Parolini va rezando, ante el azorado señor un padre-nuestro, avemaría y gloria por los ateos.

A continuación pasan al segundo altar lateral, dedicado a Don Bosco.



- Y a éste lo tenés que conocer, che ! Don Bosco, el Patrono de la Patagonia. Don Bosco, que se conquistó el corazón de los ateos. Pensá en el Ministro Rattazzi, en Cavour, que eran unos anticlericales bárbaros, pero a Don Bosco no le negaban nada. Recemos a Don Bosco por todos los ateos: Padre nuestro...

El tercer altar representa a Cristo Crucificado.

\* Y éste es Jesucristo que, fijate bien, murió en la Cruz por todos los ateos. Pensaba en nosotros cuando lo torturaban y maldecían. Recemos por todos los ateos: Padre nuestro...

Y así van pasando sucesivamente por todos los altares de la Iglesia, con evidentes alusiones a los ateos y concluyendo siempre con un Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Al acabar con el último altar del sector izquierdo, en el que explica cómo Santa Teresita había orado tanto por la conversión de los ateos, Parolini mira fijamente al hombre que lo acompaña y, acercándolo al Confesionario que está a la entrada del Santuario, concluye así su visita guiada:

- Y éste che, éste es el lugar adonde vienen a parar todos los ateos. Vení que te confieso.

Y el ateo de marras, manso como un corderito, se arrodilla delante de Parolini y, después de confesarse con gran emoción, recibe el perdón de sus pecados y la paz en su conciencia.

Conversiones como ésta, a la sombra del Santuario de la Virgen, se han visto muchas, especialmente en estos últimos años, pero el encuentro de Parolini con el a-



teo nos ayuda a comprender el corazón de buen Pastor que es capaz de salir en busca de la oveja perdida para llevarla al único redil.

Pero, ya en Fortín se inicia en su desgastado organismo, la enfermedad que lo llevaría a la tumba.

Para su mejor atención, debe trasladarse periódicamente a Bahía Blanca donde recibe la visita de tantos amigos y ex-oratorianos, a quienes ayudó a abrirse paso en la vida.

En los últimos días suele decir: "Es hora ya de irme al cielo..." Pero antes desea compartir con sus hermanos el momento de la despedida. Por eso pide la Celebración solemne del sacramento de la Unción de los enfermos e invita a todos los salesianos de la ciudad a que lo acompañen en ese momento.

Y en la tarde del 2 de julio de 1971 va al encuentro de Cristo Resucitado, ese Cristo, cuyo rostro doloroso había venerado en la Santa Sábana.



E P I L O G O

Al concluir esta breve reseña biográfica del P. Parolini, creemos que estas páginas quedarían truncas, sinno presentáramos, aunque sea brevísimamente, los rasgos más característicos de su espiritualidad. Solamente a través de ellos encontraremos al hombre de fe y al misionero del Evangelio que un día, como Abraham, dejó su tierra por la Patagonia y por el anuncio del Reino.

El P. Parolini, ante todo, fue un hombre bueno. Así, sencillamente, sin comentarios ni añadiduras.

Con una bondad que surgía espontánea y casi candorosamente de un corazón simple, sin complicaciones ni rebuscamiento.

De su bondad partía aquella simpatía irresistible con la que se ganaba el corazón de chicos y grandes y llegaba a atraer incluso a los que, por prejuicios o presupuestos ideológicos opuestos a los suyos, habían empezado por combatirlo.

Una bondad que lo llevaba a aceptar y a querer a todos.

Una bondad serena, alegre, contagiosa.

Una bondad que se hacía encuentro, sonrisa, chiste, regalo.

Y por eso, trató de rehuir siempre la polémica, la condena, la acusación. Se acercó a todos: anticleri-



cales y socialistas, ancianas devotas y pecadores empedernidos, hermanos separados y no creyentes.

Trató de comprenderlos, de mostrarles con humildad la verdad del Evangelio y de integrarlos a la corriente de solidaridad que trataba de suscitar a su alrededor. Porque la suya era una bondad activa, rica en recursos espirituales y en entusiasmo. Solía decir: "Yo no he tenido ni mucha inteligencia ni mucho estudio, pero sí mucho entusiasmo."

Y este entusiasmo lo llevó a prodigarse intensamente por los demás, a preferir a los más necesitados, a volcar su afecto y su iniciativa hacia los más débiles y golpeados por la vida.

Y precisamente por su bondad, no le costó adaptarse a nuestras costumbres e identificarse con el hombre de nuestra tierra. Y fruto de esta identificación fue su gran cariño por Ceferino, de cuya devoción, como ya vimos, fue uno de los principales animadores. "El Negro", como le llamaba afectuosamente, representaba lo mejor de una raza bravía y generosa, a la que él había sido llamado a anunciar el Evangelio.

Sin dejar de ser y de sentirse italiano, fué profundamente patagónico y, por eso, nunca escatimó esfuerzos para prestar sus brazos a esta tierra que quería intensamente.

Supo adaptarse en el lenguaje, en la sencillez de vida del hombre de campo, en la picardía criolla, en el uso del sulki o del caballo, en la comida (o en el hambre) y en todos los usos de la tierra que evan-



gelizaba.

Pero si Parolini se acercó a todos, se ocupó y quiso con un afecto especial a los pobres.

Supo abrir los ojos a las necesidades de sus hermanos y su corazón lleno de caridad pastoral trató de dar siempre una respuesta.

Intentó ayudarlos con todos los medios a su alcance. Y desplegó incansablemente su simpatía y su capacidad de comunicación hacia todos los que podían ayudarlo en esa tarea. Y de este modo tuvo colaboradores de las más opuestas y variadas corrientes y orientaciones ideológicas.

Pero no se conformó con ayudar desde afuera o con la mera beneficencia. Parolini sintió en su corazón el sufrimiento del pobre. Y, por eso, su caridad tuvo siempre el sello del afecto sincero y lleno de respeto.

Y aprovechó la predicación, los medios de difusión, el contacto personal, para inquietar las conciencias por esta exigencia evangélica de solidaridad hacia el pobre y marginado.

Su sensibilidad hacia los problemas sociales lo llevó a escribir -tal vez como desahogo frente a ciertas situaciones que clamaban al cielo- frases durísimas hacia los responsables de ciertos hechos de explotación e injusticia.

Y, en todo ésto, obró siempre movido por el amor. El amor al pobre, a quien sentía como parte de su misma familia (evocando la dureza y privaciones de su niñez) y el amor incluso a aquellos de quienes sufría el ego-



ismo, la indiferencia o el abuso de poder.

Su espiritualidad sacerdotal se enraizó en una profunda piedad popular, de la que se había nutrido desde la infancia en la casa paterna. Esta piedad se manifestaba en su estilo de oración, simple y concreto, y en el reconocimiento y veneración de todos los signos de la presencia de Dios en el mundo.

Ya hemos hablado del entusiasmo casi místico que despertaban en él los paisajes naturales, especialmente las montañas, como reflejo de las maravillas obradas por el Creador.

Pero mucho más fervor le suscitaban los seres vivos en los que el Señor había querido manifestar su misterio.

En primer lugar, Jesucristo, el centro vital de nuestra fe. Su intensa amistad con el Señor Jesús se expresaba en la forma cordial y sencilla con la que se relacionaba con El y en su insistencia sobre la misericordia y la acción redentora del Hijo, a quien visualizó, sobre todo, en la Santa Síndone. "Su ánimo concreto y sensible -escribió justamente el P. Cantini en su Carta Mortuoria- vió en esta reliquia un vehículo eficaz para acercar de alguna forma a los ojos y a los sentidos la realidad de la Pasión del Señor y de su amor a los hombres."

Por eso, también trató de hacerla conocer y escribió una obrita explicando en forma simple los aspectos más ilustrativos e importantes para la sensibilidad del pueblo.



Pero esa amistad se alimentaba sobre todo en la Eucaristía, que él celebraba con fervor y a la que condujo a tantos niños y adultos a través del Catecismo y la Primera Comunión.

También la Virgen María ocupó un puesto decisivo en su vida. Consideró siempre a María Auxiliadora como la Madre de su vocación salesiana y misionera y al Santuario de Fortín Mercedes como el corazón de la Patagonia Salesiana, desde donde María bendecía y ayudaba a su pueblo.

Y Ceferino, su "negro", del que consideraba que nunca se habría hablado ni aprendido lo suficiente, fue otro de los signos vivientes a través de los cuales se remontaba a la bondad del Padre.

Y junto al cariño por Ceferino, el recuerdo emocionado de tantos salesianos que él conoció y admiró. Cuando hablaba de ellos, Parolini se transfiguraba. Recordaba anécdotas y detalles que reflejaban de cuerpo entero al evocado. Para cada uno de ellos hubiera querido un monumento, pero a través de su palabra se convertían en figuras vivas que tomaban su voz y sus palpitaciones.

Muchos otros rasgos de la figura del P.Parolini podríamos enumerar todavía. Hasta que no se haga un estudio más serio de la documentación existente, éstos pueden ser suficientes. Por lo menos, pensamos que acreditan ampliamente la autenticidad de este salesiano sencillo y bueno, modelado según el corazón de Don Bosco e incansable evangelizador de la Patagonia.



---

## I N D I C E

---

1- PRESENTACION	Pag 1
2- LAS MONTAÑAS DE JOSE	Pag 3
3- VOCACION MISIONERA	Pag 8
4- EN LA TIERRA PROMETIDA	Pag 13
5- LA PRUEBA DE FUEGO	Pag 18
6- DE NUEVO EN ITALIA	Pag 21
7- UN CORAZON ORATORIANO	Pag 24
8- REGANDO EL ALTO VALLE	Pag 33
9- OTRAS EXPERIENCIAS APOSTOLICAS	Pag 36
10- EN LA CORDILLERA	Pag 39
11- EL ATARDECER JUNTO A CEFERINO	Pag 47
12- EPILOGO	Pag 52







THE UNIVERSITY OF THE SOUTH ALABAMA  
LIBRARY  
360 UNIVERSITY BLVD.  
MOBILE, ALA. 36688-3000  
TEL. 334-756-5100  
FAX 334-756-5101  
WWW.USALIBRARY.EDU



---

LO RECAUDADO POR LA VENTA DE ESTE FOLLETO SE  
DESTINARA A COSTEAR UNA COLONIA DE VACACIONES  
PARA CHICOS POBRES DE LOS BARRIOS DE BAHIA BLANCA,  
POR LOS CUALES TANTO TRABAJO EL P. PAROLINI.

---